

al meditar en la eficacia del procedimiento intelectual que se habrá empleado para llegar a la Confederación, diga alguno que la Confederación de las Antillas es más una confederación de entendimientos que de pueblos, el que ahora me acuse quedará eliminado de la suma de entendimientos que haya concurrido al alto fin.

Pero si el soñador no llegara a la realización del sueño, si el obrero no viese la obra terminada, si las apostasías disolvieren el apostolado, ni la vida azarosa ni la muerte temprana podrán quitar al maestro la esperanza de que en el porvenir germine la semilla que ha sembrado en el presente, porque el alma de sus discípulos ha tratado de hacer un templo para la razón y la verdad, para la libertad y el bien, para la patria dominicana y la antillana.

Y cuando más desesperado cierre los ojos para no ver el mal que sobrevenga, del fondo de su retina resurgirá la escena que más patéticamente le ha probado la excelencia de esta obra.

Estábamos en ella: estábamos trabajando para acabar de entregar a la República esos hombres. Uno de ellos iba a ser examinado, y se había dado la señal. El órgano, con su voz imponente, hacía resonar ese interludio sublime que, con cuatro notas, penetra en lo hondo de la sensibilidad moral, y la despierta en los rincones de la sensibilidad física, y eriza los nervios en la carne.

La Escuela era en aquel momento lo que en esencia es: y el silencio y el recogimiento atestiguan que se estaba oficiando en el ara de eterna redención que es la verdad.

De pronto, al pasar por la puerta una mujer del campo, se detiene, deja en la acera los útiles de su industria y de su vida, intenta trasponer el umbral, se amedrenta, vacila entre el sentimiento que la atrae y el temor que la repele, levanta sus escuálidos brazos, se persigna, dobla la rodilla, se prosterna, ora, se levanta en silencio, se retira, medrosa de sus propios pasos, y así deja consagrado el templo.

Los escolares imprevisores se reían, el órgano seguía gimiendo su sublime melopea, y, por no interrumpirla ni interrumpir la emoción religiosa que me conmovía, no expresé para los escolares la optación que expresé ante vosotros y ante la patria de hoy y de mañana.

Ojalá que llegue pronto el día en que la escuela sea el templo de la verdad, ante el cual se prosterne el transeúnte, como ayer se prosternó la campesina! Y entonces no la rechacéis con vuestras risas, no la amedrentéis con vuestra mofa; abridle más las puertas, abridle vuestros brazos porque la pobre escuálida es la personificación de la sociedad de las Antillas, que quiere y no se atreve a entrar en la confesión de la verdad.

FEDERICO HENRIQUEZ Y CARVAJAL

1848

Acontecimiento extraordinario es llegar una vida, incansablemente trabajada, a los noventa y seis años, sin perder un ápice en la frescura del espíritu, ni en la lucidez del pensamiento, ni en la firmeza del carácter, ni en la ingénita bondad del corazón. Que no en vano el tiempo, como la ola sobre la roca, hunde su huella en la dureza del metal y de la piedra, en la carne y en el árbol. Sólo la parte psíquica, en hombres privilegiados, permanece intacta, con esa grave inalterabilidad de la belleza de los mármoles antiguos, resplandecientes de hermosura a través de todas las edades,

No contaba un lustro la República cuando surgió a la vida, el 16 de septiembre de 1848, y recogió de aquella luz que la primera aurora de la Patria había dejado intacta en el espíritu de la madre amantísima.

La Patria era entonces templo de Marte perennemente abierto al patriotismo: en él discurrió la infancia de Federico Henríquez y Carvajal. Entonces, también, no eran menos altas y preciadas las ofrendas del pensamiento que las victorias de las armas: de la Puerta del Conde, en la mañana de



Febrero, unos se fueron al Cuartel, otros a la imprenta.

A la imprenta se dirigió Federico Henríquez cuando la sombra oscura que asomó sobre sus labios infantiles le señaló el camino del deber: ara y escuela, viacrucis y remanso al mismo tiempo.

En los periódicos *La Regeneración* y *El Patriota*, a raíz de la Restauración, escribe las primeras gacetas.

Luego escribe en *El Sol*, modesta hoja que en 1868 publicaba el poeta Francisco Javier Angulo Guridi en una pobre imprenta del barrio de Santa Bárbara, solar de Duarte, en cuyo ambiente recogiera ese misterioso hálito, mezcla de unción y de leyenda, que deja tras de sí el paso de los grandes.

Cuando Buenaventura Báez proyecta anexar la República a los Estados Unidos, Federico Henríquez escribe su *Correspondencia sobre la situación política*, en *El Pabellón Dominicano*; y cuando Báez desciende del poder, entonces forma parte del cuerpo de redacción del importante vocero *El Nacional*, amplia hoja plena de edificante lectura, órgano de la Sociedad *La Republicana*. A la vez publicábase *La Opinión*, periódico de la Sociedad *La Juventud*. El maestro fué Presidente de ambas sociedades, y en ambos periódicos prestaba su concurso: en el primero tenía a su cargo la sección titulada *Ecos*; en el segundo, *Repercusiones*, porque casi siempre se referían al mismo tema tratado en *Ecos*. *La Opinión* vivió hasta poco después de la caída de Espaillat, de cuyo gobierno era adepto fervoroso.

Huellas de su pluma encontramos en *El Sufragio* y en *El Pueblo*, periódicos electorales de José Joaquín Pérez; y en la *Gaceta Oficial*, que tuvo a su cuidado durante la interinidad presidencial de Luperón y en los primeros meses del Gobierno de Meriño.

En 1881, como estrella de la anunciación en aquellos tiempos llenos de niebla, nació *El Mensajero*. En este periódico, digno de ese nombre porque cada una de sus hojas llevó siempre mensajes de luz y de concordia y de amor por toda obra de bien patric, llegó a su culminación la labor periodística del esclarecido prócer. Es un periódico,

que es un hombre. El hombre bien lo conocemos; pero el periódico, apenas conocido por nuestra generación, de publicarse ahora sería para orgullo de la prensa americana. En él está de pie frente a los desaciertos y orientando hacia claros derroteros el sereno periodista en cuya palabra vibraban siempre acentos apostólicos. *El Mensajero*, según aquel Maestro de la política que fué Manuel María Gautier, era el mejor periódico de la República.

Para el sombrío Lilís ya era larga e insidiosa la vida de *El Mensajero*: los pesados portales de la histórica puerta de Carlos III, como el rastillo de un castillo feudal, se abrieron al paso taciturno de un hombre que ennoblecía la cárcel.

¿Qué hizo el Maestro entre presidentes y otros hombres de armas? En algunas conciencias hubo entonces la luz de que hablaba el señor Hostos. *El Sol* le baña el rostro cuando el canchero le vuelve la libertad, recuperada sin menoscabo de su hombría.

Paréntesis. Expectación. En su espíritu no cabe la inacción, como en el hueco de la mano no hay sereno espacio para la gota de agua persistente. Funda entonces la excelente revista *Letras y Ciencias*. Ciencias y letras, tienen ahí, en los últimos diez años del siglo diez y nueve, el más acogedor amparo: en tan precioso huerto está la flor de la producción literaria de la época; de Salomé Ureña, de José Joaquín Pérez y de Gastón Deligne, edad de oro de la literatura quisqueyana.

Letras y Ciencias tuvo su ocaso lamentable cuando las necesidades de la Patria llevaron al Maestro a la tierra conquistada por el antiguo Corregidor de Azua.

El retorno es el comienzo de la nueva labor; ahora en compañía de Hostos, en la resplandeciente hoja *El Normalismo*, órgano del pensamiento y de la luz, como eran otros órganos del rutinarismo o de la religión descaminada.

Más tarde, el Maestro es alma de la espléndida revista *Ateneo*, como lo fué hasta hace poco de la revista *Clío*, que es la mejor prenda de la asombrosa vitalidad de su carne y de su espíritu.

Pero el Maestro no limita sus actividades periodísticas a la prensa nacional: colabora en *Patria*, el periódico de José Martí; en *El Cojo Ilustrado*,



de Caracas; en *El Figaro* y en la *Revista Contemporánea*, de La Habana; en *El Cubano Libre* y en *El Diario de Cuba*, de Santiago de Cuba; en la *Revista de las Antilas*, de San Juan de Puerto Rico.

Si basta esta ligera mención de los principales periódicos que fueron palestra honrosa del Maestro, basta también hablar sólo de los tres grandes ideales a que ha consagrado sus largas luchas periodísticas: el *Antillanismo*, la libertad de Cuba y el nacionalismo dominicano. Tres grandes ideales y en el corazón un sólo sentimiento, que por un sólo tallo se sustenta el trébol.

Complemento de su vida de periodista fué su vida de orador, no de la tumultuosa tribuna política, sino de la puramente civilista y doctrinaria, en la que se distinguió desde la mocedad. Sus piezas oratorias son elogios de héroes y de hombres de letras, manifestaciones culturales, afanes nacionalistas, páginas de historia cívica en que ponía siempre el corazón más que el pensamiento. Por eso sus admirables y sinceras improvisaciones conquistaron tanto aplauso.

Gran difundidor de cultura, le llamó su ilustre sobrino el humanista Pedro Henríquez Ureña. En efecto, pocos dominicanos han hecho tanto, en todo cultural empeño, como el ilustre amigo de Martí. En periódicos, en revistas y libros siempre se dió a la noble tarea de dar a conocer la producción intelectual nuestra así como la extraña. De ahí que su nombre haya sido el de mayor renom-

bre fuera de su patria, salvo, en nuestros días, el de Henríquez Ureña, cuyo sepulcro acaba de abrirse. —11 de mayo de 1946,— en la lejana Buenos Aires.

La vida de Federico Henríquez y Carvajal abarca todas las actividades del intelecto en la República: maestro, periodista, juez, Secretario de Estado, legislador, abogado, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, Rector de la Universidad, Presidente de la Academia de la Historia, Presidente de diversas corporaciones, Director de la Escuela de Bachilleres, miembro de academias y de ateneos, galardonado tantas veces en el país y en el exterior, y autor de no escasas obras tanto en prosa como en verso (*).

La llama de su espíritu está aún encendida, vencedor del desencanto, no obstante la noche de sus ojos. Cerca de un siglo y todavía en plena lucidez, tiene el mismo interés de antes y experimenta el mismo gozo por las cosas del pensamiento.

(*) Acerca de su vida y de su obra, véase, particularmente, Vicente Lloréns Castillo, *Antología de la literatura dominicana*, vol. 18, p. 243-246, de la Colección Trujillo, (Santiago, 1944), dirigida y nominada por M. A. Peña Batlle; Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Río de Janeiro, 1945; y nuestra compilación, *Hostos en Santo Domingo*, C. T., 1939-1942, 2 vols. Además de los libros de Henríquez y Carvajal citados en estas tres obras deben mencionarse dos publicaciones recientes del Maestro: *Duarte, próceres, héroes y mártires de la independencia*, C. T., 1944, 243 p.; y *Martí, próceres, héroes y mártires de la independencia de Cuba*, C. T., 1945, 342 p.

DISCURSO DE FEDERICO HENRIQUEZ Y CARVAJAL PRONUNCIADO EN EL BALUARTE, EN EL ACTO DE TRASLACION DE LOS RESTOS DE MELLA, EL 27 DE FEBRERO DE 1891.

Venciste, ¡oh Dios, qué gloria!
Venciste, ¡Patria!, y tu preclaro nombre,
con destellos de luz graba la historia
y le tributa admiración el hombre.

Salomé Ureña de Henríquez.

Conciudadanos:

Alzad, —ya que os anima y mueve el sacro espíritu de la Patria— alzad el corazón a la altura de la Independencia, cuyo augusto símbolo es esa cruzada tricolor bandera, la de nuestras glo-

rias, y cuya síntesis de piedra es el histórico Baluarte que en este acto —¡inmerecida honra!— me sirve de tribuna excelsa.

Alzad el corazón y oíd, conciudadanos:

"En el nombre de la santísima, augustísima e indivisible Trinidad de Dios Omnipotente; juró

